



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Odisea. Revista de Estudios Migratorios
Nº 4, 3 de octubre de 2017. ISSN 2408-445X

Los haitianos en Montreal: migración e integración

Gerardo Silva*

Fecha de recepción: 31-03-2017

Fecha de aceptación: 23-05-2017

Resumen: Este trabajo trata sobre el proceso de migración e integración de los haitianos en la ciudad de Montreal, provincia de Quebec, Canadá. Una de las principales características de los migrantes haitianos en Montreal es, en términos comparativos, su relativamente exitoso proceso de integración social y cultural, que comenzó a fines de la década de 1950 con la llegada al poder del dictador François Duvalier. A pesar de ser relativamente exitoso, ese proceso de integración no ha dejado de ser problemático, tanto a nivel de las oportunidades de trabajo cuanto de movilidad social, entre otros aspectos. En este artículo exploramos las circunstancias de la llegada de los migrantes haitianos y sus luchas por reconocimiento como ciudadanos y sujetos de derecho en la ciudad de Montreal.

Palabras clave: Migración, integración, resistencias, luchas, reconocimiento.

Title: Haitians in Montreal: migration and integration

Abstract: This paper addresses the process of migration and integration of Haitians in the city of Montreal, province of Quebec, Canada. One of the main characteristics of the Haitian presence in Montreal is, in comparative terms, their relative successful process of social and cultural integration, which began in the late 1950s with the dictatorship of François Duvalier. Despite its relative success, however, this process of integration is still problematic, in terms of both job opportunities and social mobility, among other issues. The paper examines the circumstances of the arrival of Haitian migrants and their struggles for recognition as citizens and subjects of law in the city of Montreal.

Keywords: Migration, integration, resistance, struggles, recognition.

* Universidade Federal do ABC (UFABC). Brasil. E-mail: gerardo.silva@ufabc.edu.br

Introducción

Desde la época de la dictadura de François "Papa Doc" Duvalier (1957-1971), los haitianos han buscado masivamente un lugar bajo el sol en otras tierras. La diáspora haitiana, en efecto, se ha expandido desde entonces hacia otros países del Caribe (principalmente la vecina República Dominicana), Francia, Estados Unidos y Canadá. Se calculaba que hasta antes del terremoto de 2010 -que representa un trágico marco reciente en Haití-, aproximadamente un millón y medio de haitianos vivían fuera del país. Y que ese número podría llegar a los dos millones si fueran considerados sus descendientes en los países de migración -esto representaba alrededor de 20% de la población total de Haití (Audebert, 2011)-. Después de esa fatídica fecha, ese número no solo aumentó considerablemente, sino que pasó a expandirse hacia otros países que habían permanecido fuera de los destinos tradicionales, tales como Brasil, Chile y Argentina.

En el caso específico de Brasil, la llegada de la diáspora haitiana a este país sorprendió a las autoridades y a la opinión pública en general. La primera reacción fue la de encender la alarma sobre la entrada masiva de migrantes en el territorio nacional, sin documentación legal. El arribo a las ciudades de Brasileia y Tabatinga, ambas en la frontera con Perú, cuyas imágenes fueron ampliamente divulgadas por la prensa escrita y televisiva, demandando la atención inmediata y urgente de los organismos migratorios y de otras esferas del gobierno. Sin embargo, como afirma Jenny Télémaque (2012), la cobertura mediática no sólo fue tendenciosa (y prejuiciosa) sino también liviana y caricatural, lo que obligó a que diversas instituciones, investigadores y militantes de los derechos humanos se posicionaron críticamente frente a esta corriente de opinión, y exigieran un debate más amplio sobre la situación de los migrantes haitianos y las políticas migratorias del país.

En términos generales, las coberturas mediáticas que tratan sobre la migración haitiana, así como un sinnúmero de trabajos académicos, basan su interpretación en las condiciones de pobreza y miseria que determinan sus causas de origen. Las imágenes de los grupos conocidos como *boat people*, llegando a las costas de Florida en los Estados Unidos a lo largo de

las décadas de 1970 y 1980, están todavía muy presentes en la representación de la diáspora haitiana, así como los contingentes de trabajadores rurales que cruzan la frontera hacia las plantaciones de azúcar de la República Dominicana. En este artículo, sin embargo, intentamos relativizar esa imagen de vulnerabilidad extrema que asume la mayoría de los estudios sobre la migración haitiana y que también se generaliza en el debate académico y político. Para eso, abordamos el caso de la migración haitiana hacia Canadá, en particular hacia la ciudad de Montreal, que en 2014 concentraba el 94,7% del total de migrantes haitianos de la provincia francófona de Quebec y el 83,3% del total de Canadá (Statistique Canada, 2014).

Una de las principales características de los migrantes haitianos en Montreal es, en términos comparativos, su exitoso proceso de integración social (no necesariamente político o institucional), que comenzó a fines de la década de 1950, con el exilio de muchos intelectuales y políticos haitianos, y que se prolonga hasta los días de hoy con los migrantes económicos; es decir, con los que decidieron y aun deciden salir del país por causa de la pobreza y la falta de oportunidades: el total de las remesas de dinero de los migrantes para sus familiares en Haití representan, aproximadamente, el 25% del producto bruto interno del país. Evidentemente, las características particulares de Montreal (francófona, multicultural y cosmopolita), asociadas a políticas migratorias consistentes por parte del Estado canadiense y de la provincia de Quebec, favorecieron la llegada de los migrantes haitianos (entre otras nacionalidades) y su integración a la sociedad local.

No obstante, ese proceso de integración no deja de ser problemático. Por un lado, porque a pesar de esa presencia singular y destacada de los haitianos en la ciudad, los mismos no dejan de ser vistos como una minoría, y, en situaciones especiales, como sujetos pasibles de deportación; por el otro, aún cuando existan miembros reconocidos en la sociedad local de origen haitiano (profesionales autónomos, profesores universitarios, artistas, editores, periodistas y escritores, entre otros), la gran mayoría permanece en una situación subordinada en términos de movilidad social y oportunidades laborales.

En este artículo exploramos las circunstancias de la llegada de los migrantes haitianos a Montreal y sus luchas por el reconocimiento como ciudadanos y sujetos de derecho. También tratamos, en la segunda parte, de la problemática de la integración de los haitianos de segunda generación, o sea, de los jóvenes canadienses de origen haitiano. Por fin, sintetizamos los principales elementos considerados en este trabajo sobre la problemática de la integración de los haitianos en Montreal, y hacemos una breve referencia al impacto del terremoto acontecido en Haití en 2010 y su relación con las cuestiones aquí abordadas.

Last but not least, este artículo ha sido realizado en el ámbito del *Groupe de recherche sur les imaginaires politiques en Amérique latine* (GRIPAL) de la Universidad de Quebec en Montreal (UQÀM), como parte de la estadía posdoctoral financiada por la *Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (Capes)* del Ministerio de Educación del Brasil. Una primera versión del texto fue presentada en el 34º Congreso de la Asociación Canadiense de Estudios Latinoamericanos y del Caribe (ACELC) "Panamericanismos críticos: solidaridades, territorios", realizado en la ciudad de San José, Costa Rica, entre los días 8 y 10 de julio de 2015.

La migración haitiana

Antes de entrar en los determinantes de la migración haitiana, nos interesaría presentar dos aspectos del cuadro general de la política migratoria de Canadá, que repercuten en la provincia de Quebec. El primero tiene que ver con el fin de una larga historia de discriminaciones, en lo que se refiere a la selección de migrantes, seguida por el gobierno federal canadiense desde inicios de siglo XX (cf. Green y Green, 2004; Verbeeten, 2007). En enero de 1962, en efecto, la Ministra de inmigración de Canadá, Ellen Fairclough, llevó a la consideración del parlamento una reforma de la ley de inmigración vigente, en particular, en lo que se refiere a la discriminación étnica y/o por países. Hasta ese momento no eran aceptadas (o muy raramente) personas de color provenientes de África o el Caribe. Sí les era permitida la residencia temporaria (con el estatuto de diplomáticos, empresarios en viaje de negocios, otras representaciones de gobierno, estudiantes, etc.), pero no la residencia permanente u obtención de la

ciudadanía, como sucedía fácilmente con la inmigración –preferencialmente blanca– de origen europeo o proveniente de los Estados Unidos. Fue solo a partir de ese momento, con la aprobación de las reformas propuestas (que establecían que la política de evaluación y selección de los migrantes pasaría a centrarse apenas en las cualificaciones individuales), que la llegada a Canadá de la población africana y del Caribe fue facilitada (Piché et al, 1983). Por un lado, fue elaborado y luego perfeccionado un dispositivo flexible de selección de migrantes en los países de origen, que consistía básicamente en el otorgamiento de puntuación a cada solicitante según una escala de valores y atributos predefinida. Con la implementación de este dispositivo, se eliminó la alternativa de la permanencia asociada a la visa turística y, sobretodo, desde el punto de vista del gobierno canadiense, fue posible una mejor adecuación del flujo migratorio a las necesidades del mercado de trabajo. Por otro lado, fueron implementados programas de apoyo institucional para la instalación e integración de los migrantes seleccionados, incluyendo el aprendizaje de la lengua (Tolley, 2011).

El segundo aspecto se refiere a la política de multiculturalismo seguida por el gobierno canadiense a principios de la década de 1970, y que culminó con su adopción institucional a través de la sanción de la ley denominada *Canadian Multiculturalism Act* de 1988. Con esta última se reconocía el derecho de los pueblos indígenas y de las comunidades de inmigrantes, cada vez más diversas y numerosas, a proteger su cultura, lengua, identidad y creencias religiosas, dentro de los límites (amplios) establecidos por la legislación. Por otra parte, se reconocía también el bilingüismo, esto es, el inglés y el francés como lenguas oficiales de Canadá. Se trataba, por lo tanto, del establecimiento de un “multiculturalismo bilingüe”. En relación con el multiculturalismo, tal como fue adoptado por el gobierno canadiense, la provincia de Quebec se posicionará críticamente (Rousseau, 2006). En primer lugar, porque el peso del idioma inglés en el conjunto de las provincias es mayor que el francés, y, al concebirse como “lengua franca”, acabaría empujando a los canadienses de origen francés en el sentido de una minoría lingüística. Además, a diferencia del idioma inglés, la lengua francesa es entendida por la mayoría de los ciudadanos de Quebec como un universo cultural, pleno

de historia, tradiciones y valores que le son específicos. Y, finalmente, la idea del multiculturalismo como aceptación “pasiva” de las diferencias no se correspondería con la perspectiva más universalista y laica de la provincia de Quebec, más próxima al republicanismo francés. Sin duda, en ese contexto, el vínculo histórico de Haití con Francia (como antigua colonia) y el dominio de la lengua francesa (como lengua oficial), son factores que contribuyeron en un primer momento a la buena recepción de los migrantes haitianos.

Podemos observar la evolución y la importancia de la migración haitiana en la provincia de Quebec hasta 1980, a través de la Tabla 1. La misma compara la migración anual proveniente del Caribe desde 1968, destacando el país de nacimiento, y agrupando a los migrantes en dos grandes categorías: francófonos (Haití) y anglófonos (Trinidad, Jamaica, Barbados, otros). En primer lugar, comparando país por país y año por año, la migración haitiana siempre fue mayoritaria, con excepción del año 1969 en que el mayor aporte corresponde la República de Trinidad y Tobago, recientemente independizada de la Corona Británica. En segundo lugar, la tendencia general, si comparamos el total de francófonos (haitianos) y de anglófonos a lo largo del período, es de creciente predominancia francófona, con picos de llegada y/o de regularización y/o de reunificación familiar entre 1973 y 1977 –la reunificación familiar o *parrainage* es un estatuto muy importante de la política migratoria canadiense, instituido a principios del siglo XX, que ha sobrevivido a las sucesivas transformaciones institucionales (Rangel, 1988; Green y Green, 2004)-. En el caso haitiano, ha constituido un factor de regulación del flujo migratorio desde la década de 1970, aunque no el único. Después del terremoto de 2010, por ejemplo, el gobierno de Quebec flexibilizó y amplió los criterios de *parrainage* atendiendo a motivos humanitarios, extendiéndolo a “un hermano o hermana adultos, un medio hermano o medio hermana adultos, un hijo adulto y su familia” (Gouvernement du Québec, 2015). En tercer y último lugar, esta creciente predominancia de haitianos se torna explícita en la relación porcentual, cuando queda en evidencia que desde 1973 los haitianos representan más del 50% del total del conjunto de inmigrantes del Caribe, llegando a sobrepasar el 70% en 1975, 1978 y 1980. Como comentamos, la migración haitiana en Quebec se concentra en Montreal.

Tabla 1. Volumen de inmigración caribeña hacia Quebec, por principales países de nacimiento y lengua, 1968-1980

Año	País de nacimiento						Total	Haití %
	Francófonos	Anglófonos						
	Haití	Trinidad	Jamaica	Barbados	Otros	Sub-total		
1968	568	548	372	284	394	1598	2166	25,3
1969	658	1086	498	434	455	2473	3131	21,0
1970	908	776	450	238	299	1763	2671	33,9
1971	1060	634	338	181	293	1446	2506	42,2
1972	1009	447	287	147	219	1100	2109	47,8
1973	2266	701	675	185	388	1949	4215	53,7
1974	4856	649	755	205	490	2099	6955	69,8
1975	3422	394	491	152	318	1355	4777	71,6
1976	3094	388	549	149	340	1426	4520	68,4
1977	2011	202	436	135	176	949	2960	67,9
1978	1625	172	287	78	148	685	2310	70,3
1979	1258	123	288	51	115	577	1835	68,5
1980	1594	113	223	49	104	489	2083	76,5
Total	24329	6233	5649	2288	3739	17909	42238	7,5

Fuente: Piché et al, 1983 (con algunas adaptaciones).

Los primeros haitianos que llegaron al país eran en su mayoría de clase media, con niveles de instrucción medio y alto. Según Kampeneers y Piché (1983), en 1968 el 69,5% de los haitianos que arribaron a Quebec tenían expectativas de desarrollar una carrera profesional, técnica o administrativa. Un importante número se dedicó a la enseñanza, principalmente primaria y secundaria, pero también universitaria. Esto último, sumado al conocimiento de la lengua francesa, en un periodo bastante afirmativo del nacionalismo quebequense, facilitó su entrada e integración. Por otro lado, existió en ese momento inicial una corriente de

solidaridad política con los exilados del régimen de Jean-François Duvalier, así como existirá con los exilados latinoamericanos en la década siguiente. Tengamos presente que la llegada de latinoamericanos a Quebec en número significativo comenzó en la segunda mitad de la década de 1960 e inicios de la de 1970, principalmente con el establecimiento de las dictaduras militares de Chile (1973) y Argentina (1976). También la inestabilidad política y la guerra civil de El Salvador y de otros países de la región, durante las décadas de 1970 y 1980, fueron factores que contribuyeron a su crecimiento. En la actualidad se estima que en la provincia de Quebec viven más de 100.000 latinoamericanos.

Ciertamente, la llegada de los haitianos también fue facilitada por la expectativa de una parte significativa de los migrantes de que volverían a su país de origen después de derrocada la dictadura instalada en Haití, contra la cual luchaban. Lo cierto es que, una vez franqueada la barrera de la discriminación racial -y, tal vez, como una forma de afirmar ese franqueamiento- los primeros haitianos que arribaron a la provincia de Quebec fueron bien recibidos y pudieron insertarse en la sociedad local sin mayores traumas. Esta situación, sin embargo, no se prolongaría por mucho tiempo.

A partir de inicios de la década de 1970, con la muerte de Jean-François Duvalier y la llegada al poder de su hijo Jean-Claude Duvalier, se creía que la crisis política y económica en Haití se iría superando, pero en realidad se tornó más profunda, afectando a un volumen significativamente mayor de la población haitiana, esto es, incluyendo a los trabajadores urbanos y, en menor medida, a los campesinos que, en general, conseguían arribar a Quebec a través de una visa turística por el dispositivo de reunión familiar o por la selección para el mercado de trabajo. La emigración, por lo tanto, se vuelve una cuestión de sobrevivencia económica, y cambia radicalmente sus características -recordemos que en 1972 se registran los primeros arribos de *boat people* a los Estados Unidos-. Si en la primera migración predominaba un medio y alto grado de instrucción y cualificación, ahora sucede lo contrario. Cada vez más trabajadores urbanos y rurales con bajo nivel de instrucción, y en muchos casos, con escaso conocimiento de la lengua francesa, asumen el lugar principal de los migrantes. En el caso específico de la migración haitiana hacia Quebec, esto se torna evidente en

las estadísticas de ocupación laboral: en 1981, contrariamente a 1968, más del 60% de los haitianos residentes en la provincia trabajaban en la industria manufacturera, construcción civil y transportes, y en servicios domésticos y de limpieza (Labelle et al, 1987). Por otro lado, la crisis económica internacional obliga a los países centrales a tomar medidas de protección de sus economías, siendo, evidentemente, el mercado de trabajo una de sus dimensiones más sensibles. No es casualidad que la primera crisis de la inmigración haitiana en Canadá haya sucedido en este contexto.

El conocido "drama de los 1.500" (*le drame des 1.500*), se refiere al problema de un grupo de haitianos amenazados de deportación, situación que movilizó la opinión pública de Canadá en 1974 (Déjean, 1978). Entre el 1º de octubre de 1967 y el 20 de noviembre de 1972, cualquier extranjero en suelo canadiense con visa turística podía solicitar residencia permanente. En ese período, la mayoría de los migrantes haitianos entró por esa vía. A partir de esa última fecha, sin embargo, el gobierno canadiense decidió terminar con esta política y comenzó a evaluar las solicitudes sólo en los países de origen (excepto los pedidos de asilo político, que se podían realizar en el país destino, es decir, Canadá). La ley que consagró este importante cambio en la política migratoria (C-197) fue sancionada en agosto de 1973, y estableció el plazo de 15 de octubre del mismo año para regularizar la situación de los extranjeros con entrada al país hasta el día 30 de noviembre de 1972 ("*Operation Mon Pays*"). El problema era que alrededor de 1.500 haitianos, o bien habían entrado después de esa fecha, o bien no habían conseguido entregar sus papeles en término. La mayoría de ellos se encontraba en situación de vulnerabilidad económica y poseía la expectativa de obtener la residencia permanente a través de la visa turística. En 1974, ante la amenaza de deportación inminente, las entidades de apoyo a los migrantes haitianos en Montreal se movilaron en busca de respaldo por parte del gobierno provincial y de la opinión pública, generando un amplio debate sobre la importancia y el significado de la migración haitiana en Quebec (Pâquet y Duchesne, 1996). Ante la recepción favorable del "drama de los 1.500", la mayoría de los migrantes implicados consiguieron resolver su situación, no sin grandes dificultades, creadas por la intransigencia del gobierno federal -esta situación será una constante en

la problemática de migración haitiana hacia Canadá-. En 1980, por ejemplo, más de 4.000 haitianos nuevamente amenazados de deportación consiguieron legalizar su situación ante el Ministerio de Inmigración de Quebec, el cual, haciendo uso de su creciente autonomía en la materia, instauró un sistema de pre-selección provincial a través del otorgamiento de Certificado de Selección de Quebec (CSQ). Lo mismo sucedió poco antes del referéndum de 1995. Actualmente, después de terremoto de 2010, una vez finalizado el programa de "reunificación familiar humanitaria" ("*parrainage humanitaire*") -vigente apenas unos pocos meses-, el número de haitianos en situación irregular es elevado y el gobierno anuncia que no habrá amnistía.

Otra situación bastante paradigmática, vinculada con la problemática de la integración de la migración haitiana, tuvo lugar en Montreal en los inicios de la década de 1980, con la denominada "crisis de los taxis" ("*crise du taxi*"). Hasta ese momento, algunas empresas de taxis de la ciudad aun discriminaban a los choferes haitianos, aludiendo una supuesta preferencia de los clientes por los conductores blancos, lo que derivó en un conflicto con fuertes impactos institucionales. De acuerdo con Marjorie Villefranche (2014):

[...] en los inicios de los años '80, los choferes de taxi de Montreal se organizaron para denunciar los comportamientos racistas de algunas empresas de taxi. Después de varios casos de discriminación, tanto por parte de clientes y colegas de trabajo cuanto por parte de las empresas, los choferes haitianos se dirigieron a la Comisión de Derechos de la Persona. La institución realizó entonces una investigación y llegó a la conclusión que efectivamente existía discriminación racial en la industria de taxis de Montreal y que era necesario intervenir para contenerla. Fue a partir de esa iniciativa que fue creado un oficina de servicios de taxi [*Bureau du taxi*] con la finalidad de regular la actividad; toda la comunidad haitiana, y los choferes de taxi en particular, reconoce que esas medidas fueron importantes tanto para las condiciones de trabajo del sector, cuanto para la mejoría de los servicios ofrecidos a la comunidad *montrealaise* (pp. 155-156).

En 1986, con la caída de Jean-Claude "BabyDoc" Duvalier, estuvieron dadas las condiciones para regresar a Haití, y muchos lo intentaron. Pero la mayoría no consiguió readaptarse y terminaron volviendo a Quebec. Por otra parte, la situación política en Haití no consigue estabilizarse. Según Villefranche (2014), el fin de la dictadura no representó un periodo de

calma política capaz de detener el proceso de emigración: "Durante los años 1990 y 2000, las múltiples crisis políticas en Haití provocan un aumento del flujo de refugiados que intentan escapar de la inestabilidad y la inseguridad que aún perduran en el país, y que lo afligen de manera interminable" (p. 157). Por lo tanto, nuevos migrantes llegaron a Montreal, aunque esta vez a través de redes mejor organizadas que en los periodos anteriores. Evidentemente, por la importancia material y simbólica que tuvo el fin del régimen Duvalier en Haití, puede afirmarse, en términos migratorios, que existe un antes y un después de este momento específico. En la etapa posterior al mismo, que comprende aproximadamente los últimos 25 años, la migración no se produce principalmente por las persecuciones políticas, sino por razones de orden económico, aumentando y consolidando la comunidad haitiana de Montreal, que pasa, según las estadísticas oficiales, de 42.880 en 1996 a 53.750 en 2006, sin considerar los migrantes irregulares y los descendientes directos (*Ville de Montréal*, 2010). En 2011, por primera vez, la comunidad de inmigrantes haitianos (65.140) supera cuantitativamente la de inmigrantes italianos (55.385) y se transforma en la más numerosa de Montreal (*Canadian Magazine of Immigration*, 2015). Dicho en otros términos, a esa altura la migración haitiana ya adquirió en Montreal una dimensión diaspórica, esto es, una masa crítica suficiente de personas capaces de activar procesos de producción y traducción cultural en la sociedad local, tal como en Estados Unidos, Francia, el Caribe y, más recientemente, en América del Sur.

Por último, a pesar de la importancia cuantitativa y cualitativa de la comunidad haitiana, y del hecho de haberse iniciado con el aporte de personas de alto nivel de educación y cualificación, lo que aun constituye un aspecto diferencial, subsisten dificultades de integración social para la gran mayoría, que se evidencian en el hecho de que una parte importante de la población de origen haitiano está localizada en las regiones consideradas más vulnerables. En 2006, 8.470 haitianos vivían en *Villerey-Saint-Michel-Parc Extensión* y 8.045 en *Montréal-Nord*, esta última considerada un "área problema" de la ciudad (*Ville de Montréal*, 2010). Si a esto le sumamos los 5.710 que residían en *Rivière-des-Prairies-Pointe-aux-Trembles*, una región distante y sin acceso directo al servicio de subterráneos que estructura y

conecta la urbe, tenemos que, en aquel momento, 22.225 haitianos (41,34% del total) habitaban los territorios menos favorecidos de Montreal.

La segunda generación

Una de las dimensiones más interesantes y significativas de la migración haitiana en Montreal es la existencia de una segunda generación, es decir, de canadienses de origen haitiano nacidos en territorio quebequense (inclusive, también podemos hablar de una tercera generación, aunque no será posible, por cuestiones de espacio, abordar aquí esta dimensión). La cuestión de la segunda generación es un tema clásico de la sociología de las migraciones (Rea y Tripier, 2008). En estos estudios se resalta que normalmente se abre una brecha profunda entre los migrantes de primera y segunda generación en torno de las expectativas de vida y de la relación con la cultura de origen. Las razones son más o menos evidentes, y se relacionan con las formas diferentes de inserción social de los migrantes en los lugares de destino. En tanto que para los primeros la migración es una experiencia referenciada en las condiciones de partida y en la posibilidad de retorno, para los segundos ambas situaciones son relativizadas o directamente recusadas, según los casos. Esto crea por lo menos dos tipos de tensiones: 1) con los progenitores, una vez que son cuestionados los vínculos identitarios y las expectativas de integración social que los mismos proyectan en sus hijos; y 2) con la sociedad de destino, dado que para la segunda generación el reconocimiento de su condición de ciudadanos puede encontrar fuertes e inesperadas resistencias. Sin embargo, con la globalización esa problemática se vuelve mucho más compleja, no sólo porque los flujos son más intensos, sino también porque las identidades se tornan más móviles debido a las facilidades de comunicación del mundo contemporáneo (Sassen, 2007; Mazzella, 2014).

Diversos autores han trabajado esta cuestión de la segunda generación de inmigrantes haitianos en Montreal, revelando cuestiones importantes en términos de integración económica, social y cultural (cf. Laperriere, 1990; Potvin, 2000; Estimable, 2006; Drotbohm, 2009). Todos los autores coinciden en el énfasis dado al carácter conflictual y particularmente delicado de este momento, en el cual los hijos de los

migrantes van a interpelar a la sociedad local desde una perspectiva diferente de la de sus progenitores -y muchos, inclusive, considerarán a estos últimos como parte del problema-. En general, estos estudios han sido realizados con jóvenes en el ciclo escolar, tomando en consideración la dimensión estratégica que posee este ámbito institucional en términos de integración y teniendo también en cuenta las expectativas o proyectos de vida e inserción (futura) en el mercado de trabajo de estos jóvenes. Debe destacarse, sin embargo, que no estamos haciendo referencia a los jóvenes que no consiguen avanzar o finalizar sus estudios en el ciclo básico, principalmente secundario. Y en el caso de los haitianos, esto no representa un problema menor, dado que la comunidad se caracteriza por altos niveles de abandono y/o de retraso escolar. De acuerdo con Lafortune (2012), los elevados índices de abandono y/o de retraso escolar afectan fundamentalmente a los grupos de haitianos cuya lengua materna es el *creole* y que, por lo general, se encuentran en condiciones de vulnerabilidad social. Por otra parte, debe hacerse una distinción, no determinante pero importante en algunos casos, entre los migrantes de segunda generación nacidos en Quebec y los que arribaron junto con sus padres, sobre todo los que ya estaban en edad escolar. Cabe a estos últimos un largo y difícil proceso de aprendizaje de la lengua francesa, conocido como "*francisation*", antes de acceder al sistema escolar propiamente dicho. El artículo 7 del Régimen Pedagógico de la Educación pre-escolar y de la enseñanza primaria y secundaria de la Provincia de Quebec establece, en efecto, que:

Los servicios de admisión y apoyo para el aprendizaje de la lengua francesa se dirigen a los estudiantes cuyo primer idioma no es el francés y que, por primera vez, reciben servicios educativos en francés, y cuyo conocimiento de la lengua francesa no les permite seguir normalmente los procesos de enseñanza. Estos estudiantes pueden beneficiarse de estos servicios de apoyo al aprendizaje del francés durante un año escolar o más. Estos servicios de recepción y apoyo para el aprendizaje de la lengua francesa son destinados a facilitar la integración de estos alumnos a una clase regular donde los servicios educativos se proporcionan en francés (Ministère de l'Éducation, du Loisir et du Sport du Québec, 2014: 2).

A nivel de la instrucción básica, cuando la educación en francés es facilitada por ser la lengua materna o porque se aprende de manera adecuada, existen todavía otros problemas a ser enfrentados. Por un lado,

el sistema educacional quebequense es muy poco flexible en relación con las normas, comportamientos y valores de otras culturas, aun cuando estas últimas se encuentren diseminadas en la sociedad local. En ese sentido, se puede afirmar que la educación en las escuelas de Quebec peca de un cierto etnocentrismo, que crea dos tipos de dificultades para los estudiantes haitianos: adaptarse "forzadamente" al sistema de valores de la sociedad local y administrar el conflicto con los padres, que entienden el sentido de la educación escolar de una manera diferente (Pierre-Jacques, 1986; Icart, 2006). Por otro lado, la falta de un buen nivel de inglés es percibida como una deficiencia que, al final del proceso educativo, crea desafíos adicionales en la inserción en el mercado de trabajo (que exige cada vez más el conocimiento de ambas lenguas, debido a su internalización). Aunque no reconocido públicamente, el bilingüismo en Montreal es una exigencia bastante generalizada en el mercado de trabajo local. Además, el resto de las provincias de Canadá y los Estados Unidos, país vecino, son anglófonos, y representan alternativas no despreciables en términos de oportunidades laborales y, eventualmente, de movilidad social. En una de las entrevistas realizadas por Morin (1993), un joven canadiense de origen haitiano declara: "Lo que me salvó [de las formas más evidentes de segregación en el mercado de trabajo], es haber alcanzado un buen nivel de inglés, tanto como en francés" (p. 26).

Si bien las dificultades que se derivan de la limitada capacidad de adaptación del propio sistema educativo quebequense a la realidad de los migrantes (y viceversa) son factores importantes en la dinámica de inserción de los haitianos de segunda generación, el problema mayor parece situarse en otras instancias o dimensiones de la experiencia escolar. De hecho, existe lo que podríamos llamar "proceso de extranjerización relacional", que comienza muy tempranamente en la escuela, se va exacerbando con el correr de los años y alcanza su clímax cuando los proyectos individuales de futuro y/o la reflexión política hacen su aparición. En los últimos años de la educación secundaria, en efecto, se acentúa en los hijos de los migrantes un proceso de extrañamiento de su condición de pertenencia cuando los mismos son confrontados con los relatos de constitución de la sociedad local y sus tradiciones, narrativas que colocan en evidencia una diferencia identitaria vivenciada como carencia o ausencia.

Estoy refiriéndome aquí a la confrontación con las tendencias más autorreferenciales de los jóvenes quebequenses, que encuentran amplia resonancia en los discursos nacionalistas de la población francófona de Quebec, y que ignoran completamente otras trayectorias históricas y políticas en la constitución de su territorio. En el caso de los haitianos, este proceso de "extranjerización" de la segunda generación es todavía más evidente cuando se explicitan cuestiones étnico-raciales, relacionadas con el origen y/o con el color de la piel.

Más allá del universo escolar, un factor adicional no menos importante debido a sus afectos simbólicos, es el que afecta a los hijos de inmigrantes nacidos fuera de Canadá y que, por diversas razones, no han obtenido aún la ciudadanía. De acuerdo con las leyes vigentes, la permanencia junto a los familiares es condición necesaria y suficiente para garantizar a los mismos el acceso a la escuela, a los servicios públicos que ofrece el Estado. Esta situación de permanencia sin ciudadanía no crea dificultades iniciales. Sin embargo, puede volverse un problema en determinadas circunstancias, tal como sucedió, por ejemplo, con la deportación de jóvenes haitianos (y de otras nacionalidades) entre 2001 e 2002 por su participación en problemas de pandillas o *gangs* (Drotbohm, 2009). La inusual determinación del gobierno canadiense, por un lado, y el hecho de tratarse de personas jóvenes que habían desarrollado su proceso de socialización en el mismo contexto y del mismo modo que los otros migrantes que habían conseguido la ciudadanía, por el otro, puso en evidencia una importante contradicción de la política migratoria de uno de los países que más valoriza la imagen de su generosa hospitalidad. El caso fue ampliamente difundido por los medios de comunicación y acabó movilizándolo a una parte significativa de la comunidad haitiana que no estaba de acuerdo con la decisión. El argumento principal de defensa era que, aunque no poseyeran la ciudadanía, esos jóvenes no eran ilegales; y por otra parte, se habían educado en Quebec. Además, si los delitos habían sido cometidos en Montreal, debían ser castigados de acuerdo con las leyes vigentes en su territorio, y no debían ser simplemente deportados. Sin duda, este hecho repercutió entre los jóvenes de la comunidad haitiana como un refuerzo en la subjetivación de su condición de "extranjeros" -

sobre este tema, fueron realizados dos excelentes documentales: "*Il ne neige pas à Port-au-Prince*" (Dir. Mohamed Lotfi, 2003) y "*Déportés*" (Dir. Rachel Magloire y Chantal Regnault, 2012)-.

Por último, a esas dificultades de "ajuste" en el proceso de socialización de los jóvenes de origen haitiano en Montreal se suman las tensiones internas que se producen entre las diferentes generaciones. Evidentemente, las experiencias de vida son diferentes. Los migrantes de primera generación tuvieron que adaptarse a las condiciones de vida y de trabajo de la sociedad local sin mediaciones culturales institucionalizadas. En algunos casos, sobre todo en los migrantes con mayor nivel de educación y conocimiento de la lengua francesa, ese proceso de adaptación e integración fue facilitado; aunque en diversas ocasiones los mismos sean cuestionados por los migrantes haitianos de segunda generación por haber sido "individualistas" y no haber consolidado un espacio de afirmación igualmente facilitador de los procesos de integración para las generaciones siguientes. Ya en los casos de menor nivel de instrucción y calificación -la gran mayoría desde la década de 1970-, los contrastes con la segunda generación son mayores y más problemáticos. Una cultura más rígida y menos permisiva con los jóvenes en las familias haitianas, por ejemplo, produce conflictos con la valorización de la autonomía y el desarrollo de las capacidades individuales en el ámbito educativo y en otras instancias de socialización de la cultura local. Existen, finalmente, diferencias importantes en torno a las expectativas de los padres en relación con sus hijos, lo que se transforma en una presión muy grande para estos últimos, teniendo en cuenta que las posibilidades de éxito en la inserción social no dependen exclusivamente de los valores familiares transmitidos, o del esfuerzo personal a través de la educación secundaria o terciaria. Sucede, por ejemplo, como afirma Potvin (2000), que aún educados en el sistema público canadiense, los migrantes haitianos de segunda generación que consiguen completar sus estudios, encuentran dificultades en el reconocimiento de sus calificaciones e inserción en el mercado de trabajo.

Todas estas circunstancias ponen en evidencia aspectos relevantes del proceso de integración social de los migrantes haitianos de segunda generación en Montreal. De manera general, podríamos decir que esta cuestión nos remite a un fenómeno universal de los tiempos

contemporáneos, vinculado a la creciente movilidad de las personas en un mundo cada vez más globalizado, y a sus formas de permanencia y adaptación a las sociedades locales o de recepción. Sin embargo, me gustaría ahora profundizar en aspectos relacionados con la cuestión de la identidad, es decir, con las estrategias de traducción cultural en la elaboración de sentidos de origen y pertenencia que afectan sobre todo a la segunda generación, una vez que la relación entre esta y la sociedad de origen (Haití) se descontextualiza y se torna más una herencia familiar que una vivencia social. Esta situación también afecta a los migrantes de primera generación en relación directa con su tiempo de permanencia. Pero en estos últimos opera siempre una especie de doble consciencia en la cual la posibilidad de retorno constituye una alternativa real (y muchas veces deseada). Para los hijos, inclusive los nacidos en el país de origen y arribados a Montreal a corta edad, esta doble consciencia no asume la misma configuración.

¿Qué representa Haití para los migrantes de segunda generación? La respuesta a esta pregunta suele ser muy variada, pero con algunos elementos en común. Para el grupo de jóvenes de origen haitiano entrevistado por Potvin (2000), en el contexto de una serie de cursos sobre historia de Haití, organizados por la Asociación de Profesores Haitianos de Quebec, las razones esgrimidas para la realización de los mismos son las siguientes:

El primer encuentro [con los participantes] fue dedicado a explicar las razones que los llevaran a inscribirse en un curso de historia de Haití. Todos hicieron referencia al 'gran vacío' que ellos sienten en relación a una identidad perdida, a la necesidad de resignificar su realidad específica de jóvenes quebequenses de 'segunda generación' haitiana, de saber mejor quienes son, de donde vienen sus antepasados y si existe una dicotomía entre las imágenes de Haití proyectadas por los medios de comunicación y la transmitida por los padres (p. 194).

Los motivos expuestos por este grupo, que justifican el conocimiento de la historia de Haití, no se aplican sin embargo a todos los migrantes de segunda generación. Para Morin (1993), también existen aquellos que en lugar de afirmar una identidad que consideran abstracta, aun cuando la reconozcan como un elemento central del bagaje cultural de sus padres,

prefieren asumir la nueva condición de quebequenses y sus dificultades. Para éstos, la significación de su origen haitiano es un hecho, pero no necesariamente un valor en sí. En la mayoría de los casos pueden comprender la relación afectiva de sus progenitores y sus redes sociales con Haití, pero no consideran que la inversa sea verdadera. O sea, consideran que los valores, las prácticas y el universo de referencias de los padres son de escasa utilidad en el proceso de integración a la sociedad local, constituida en base a otros parámetros culturales, en donde se destacan valores propios del individualismo tales como la autonomía, la competitividad, la responsabilidad individual y la autoconfianza, en contraposición a un sistema de relaciones sociales en el cual los lazos familiares (extendidos) todavía juegan un papel determinante. Para éstos, la identidad haitiana puede ser vivida más como obstáculo que como una ventaja.

Como sabemos, sin embargo, el camino de la integración a los valores de la sociedad quebequense está sembrado de obstáculos, parte de los cuales son percibidos como barreras relacionadas con la cuestión racial. Uno de los jóvenes entrevistados por Potvin (2000) declara:

Aun cuando bien integrados [socialmente], existen momentos de rechazo. Yo no consigo entender: yo jugué hockey [sobre hielo], fui educado aquí -de la primaria a la universidad- y el número de amigos Blancos [sic] que tengo los puedo contar con los dedos de la mano [...] A pesar de todo, [creo] que es necesario mantenerse positivos, fuertes, y hacer el esfuerzo para ser aceptados. Hacer nuestra parte (p. 198).

Por otro lado, el grupo de jóvenes que vivencia estos momentos de rechazo de una manera menos conciliadora, encuentra en la ideología del *Black Power* de origen norteamericano -así como en las formas de expresión cultural y musical del rap y del hip hop- una alternativa de integración por la vía de la confrontación. Según la autora, esta identificación con el movimiento negro norteamericano por parte de los quebequenses de origen haitiano (o haitianos de segunda generación) comenzó en los inicios de la década de 1990, estimulado por el debate en torno de la película "Malcom X" (1992) del director Spike Lee, y se prolongó con bastante efervescencia a lo largo de toda la década. En la actualidad, si bien esta representación de lucha contra el racismo no encuentra la misma resonancia que en aquel

momento, no deja de ser una cuestión relevante entre estos jóvenes. De hecho, entre los días 20 y 31 de marzo de 2015, el *Centre International des Documentation et d'Information Haïtienne, Caribéenne et Afro-canadienne* (CIDIHCA), una de las organizaciones más representativas y convocantes de la comunidad haitiana, en conjunto con otras instituciones como la propia Municipalidad de Montreal y la *Université du Québec à Montréal* (UQAM), organizó un gran evento denominado "Semana de acción contra el racismo 2015", cuyo tema principal de reflexión fue "La empresa abierta a la diversidad", con el acento colocado en "la integración los jóvenes provenientes de minorías étnico-raciales en el mercado de trabajo de Quebec".

Finalmente, podemos analizar la cuestión de la identidad en sentido inverso. Si, por un lado, los jóvenes de origen haitiano no se reconocen fácilmente en la cultura del país caribeño, expresada a través de las prácticas y valores de sus progenitores, o bien a través de los haitianos que constantemente arriban a la ciudad; por el otro, los mismos no son fácilmente percibidos como haitianos por estos últimos. En Haití, en efecto, los haitianos que partieron son considerados personas que han perdido parte de sus raíces, sobre todo cuando han permanecido en el exterior por un largo periodo de tiempo (de hecho el término "dyaspo" es utilizado, a veces despectivamente para referirse a los haitianos que viven fuera del país). Por otra parte, a los haitianos que llegan como inmigrantes, en particular los más jóvenes, también les resulta difícil la comunicación con los "integrados", quienes muchas veces no saben (o bien no prefieren) hablar en *creole*, conocen poco de la historia y de las tradiciones haitianas; y, sobre todo, como afirma otro de los entrevistados por Potvin (2000) "no bailan *konpa*", el ritmo caribeño más popular de Haití. De una manera o de otra, los haitianos de segunda generación libran su propia batalla por el reconocimiento y la integración en la nueva sociedad.

Conclusiones

Decíamos al comienzo de este artículo que, comparativamente, el proceso de integración de los migrantes haitianos en Montreal había

resultado exitoso. Destacamos también algunos de los factores que ayudaron en ese sentido, en general más influidos por la realidad de la provincia de Quebec que la de Canadá. Sin embargo, luego relativizamos esa afirmación inicial, mostrando que aun así los migrantes haitianos encontraron y encuentran todavía muchas dificultades. Por un lado, debido a los límites que, a pesar de las prerrogativas institucionales, la sociedad quebequense establece para la integración plena de los migrantes. Como vimos, existen conquistas en términos de integración social que son resultado de una lucha por derechos y no una "concesión" del Estado o de la provincia. Por otro lado, pesa siempre sobre los migrantes haitianos la duda sobre su situación migratoria y la amenaza de deportación, inclusive para aquellos nacidos en Quebec y que no hayan sido registrados o no hayan optado por la ciudadanía canadiense dentro de los plazos previstos en la ley.

En lo que se refiere a la problemática de la integración de los migrantes haitianos de la segunda generación que se tornaron ciudadanos canadienses, constatamos una mayor complejidad en las variables analizadas. Entre dos mundos, los jóvenes quebequenses de origen haitiano tienen que responder a los desafíos provenientes de varios frentes: tradición, experiencia familiar, educación, socialización, realización profesional, reconocimiento; siendo que esos desafíos a la integración se originan tanto en el ámbito de la sociedad local cuanto en la sociedad de origen. Un factor importante que incide de manera negativa en esa instancia de devenir de la vida social, cultural y política de la ciudad es la cuestión racial, un problema aún no resuelto o no erradicado completamente de las dinámicas de constitución de la sociedad quebequense. Frente a esto, algunos jóvenes se inclinan por radicalizar la confrontación, adoptando las pautas, reivindicaciones y formas de expresión del movimiento negro norteamericano. Otros prefieren seguir las normas y valores establecidos, con la finalidad de alcanzar reconocimiento de acuerdo a sus méritos, aun sabiendo de las adversidades que esta elección implica.

Para finalizar, el violento terremoto que afectó Haití en enero de 2010 (que resultó en más de 200.000 muertos, 350.000 heridos y más de 1,5 millones de damnificados) movilizó a las comunidades de inmigrantes haitianos de toda la geografía de la diáspora. Fue, sin duda, un momento

dramático para todos los que tenían familiares y amigos en el país caribeño. Y para los quebequenses, fue imposible no solidarizarse con las trágicas consecuencias de este acontecimiento. Según Marjorie Villefranche, directora de la *Maison d'Haiti* en Montreal, la movilización de la comunidad haitiana fue total, incluyendo los jóvenes quebequenses de origen haitiano o de segunda generación. Un fuerte sentimiento de pertenencia social y cultural en relación con su país de origen se apoderó de los haitianos y, por primera vez, las profundas e irreconciliables diferencias internas (generacionales y políticas) fueron dejadas de lado. Por otra parte, la inmigración haitiana fue reconocida como parte de la vida social y cultural de la ciudad, y no apenas como una minoría de inmigrantes, o como mera fuerza de trabajo. Las redes de solidaridad de la sociedad quebequense que fueron activadas en ese momento trascendieron los ámbitos tradicionales de reconocimiento y permitieron constatar que, a pesar de los obstáculos en el proceso de integración, existe una fuerte empatía de la sociedad local con la comunidad haitiana. En otras palabras, fue un poderoso momento de fraternidad cuyas implicaciones en términos de integración merecerían ser mejor evaluadas.

Bibliografía

Audebert, Cédric. (2011). La diaspora haïtienne: vers l'émergence d'un territoire de la dispersion? En Carlo A. Célius (Dir.), *Le défi haïtien: économie, dynamique sociopolitique et migration* (193-212). Paris: l'Harmattan.

Canadian Magazine of Immigration. (2015). Recuperado de: <http://canadaimmigrants.com/immigrants-in-montreal>.

Déjean, Paul. (1978). Les haïtiens au Québec. Montréal: Presses de l'Université du Québec.

Drotbohm, Heike. (2009). Deporting Diaspora's Future? Forced Transnationalism and Generational Conflicts in the Haitian Community of Montreal. *Human Architecture: Journal of the Sociology of Self-Knowledge*, 4 (7), 69-84.

Estimable, Lamarre. (2006). *L'intégration des jeunes immigrants haïtiens au système scolaire québécois. L'exemple du quartier Saint-Michel*. (Mémoire de Maîtrise en Intervention Sociale). Montréal: Université du Québec à Montréal (UQÀM).

Forum régional sur le développement social de l'île de Montréal. (2004). *Rapport sur la pauvreté à Montréal*. (Document de recherche et de réflexion). Montréal: Conférence régional des élus de Montreal.

Green, Alan y Green, David. (2004). The goals of Canada immigration policy: a historical perspective. *Canadian Journal of Urban Research (CJUR)*, 1 (13), 102-139.

Gouvernement du Québec. (2015). Recuperado de: <http://www.immigration-quebec.gouv.qc.ca/fr/informations/haiti-parrainage.html>.

Icart, Lyonel. (2006). Haiti-en-Québec: notes pour une histoire. *Ethnologies*, 1 (28), 45-79.

Labelle, Michele et al. (1987). *Histoires d'immigrées: itinéraires d'ouvrières colombiennes, grecques, haïtiennes et portugaises de Montréal*. Montréal: Boréal.

Lafortune, Gina. (2012). *Rapport à l'école et aux savoirs scolaires de jeunes d'origine haïtienne en contexte scolaire défavorisé à Montréal*. (Thèse de Doctorat en Psychopédagogie). Montréal: Université de Montréal (UdeM).

Laperriere, Anne. (1990). Rapport à la différence et projet de société chez les adolescent(e)s québécois-français, italiens et haïtiens d'un quartier montréalais. En Ida Simon-Barouh y Pierre-Jean Simon (Dirs.), *Les étrangers dans la ville* (356-364). Paris: L'Harmattan.

Mazzella, Sylvie. (2014). *Sociologie des migrations*. Paris: PUF.

Ministère de l'Éducation, du Loisir et du Sport du Québec. (2014). *Soutien au milieu scolaire 2014-2015. Accueil et intégration des élèves issus de l'immigration au Québec*. Québec: Gouvernement du Québec/ Direction des communications.

Morin, Françoise. (1993). Entre visibilité et invisibilité: les aléas identitaires des Haïtiennes de new York et Montréal. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 3 (9), 147-176.

Pâquet, Martin y Érick Duchesne. (1996). Étude de la complexité d'un événement: les responsables politiques québécois et les immigrants illégaux haïtiens, 1972-1974. *Revue d'histoire de l'Amérique française*, 2 (50), 173-200.

Piché, Victor. (1989). L'immigration haïtienne au Québec, modalités d'insertion. En Philippe Antoine y Sidiki Coulibaly, *L'insertion urbaine des migrants en Afrique* (201-221). Paris: Éditions de l'ORSTOM.

Piché, Victor et al. (1983). *L'immigration caraïbienne au Canada et au Québec: aspects statistiques*. Montréal: Université de Montréal/Centre de recherches caraïbes.

Pierre-Jacques, Charles. (1986). L'école québécois et les familles haïtiennes. *Revue des sciences de l'éducation*, 1 (12), 120-127.

Potvin, Maryse. (2000). Racisme et citoyenneté chez les jeunes Québécois de la deuxième génération haïtienne. En Maryse Potvin, *L'individu et le citoyen dans la société moderne* (185-225). Montreal: Les Presses de l'Université de Montréal.

Rangel, Yolanda. (1988). *Le parrainage et la réunification de la famille*. Québec: Conseil des Communautés culturelles et de l'Immigration du Québec.

Rea, Andrea y Tripier, Maryse. (2008). *Sociologie de l'immigration*. Paris: La Découverte.

Rousseau, Guillaume. (2006). *La nation à l'épreuve de l'immigration. Le cas du Canada, du Québec et de la France*. Québec: Les éditions du québécois.

Sassen, Saskia. (2007). *Una Sociologia de la Globalización*. Buenos Aires: Katz Editores.

Statistique Canada. (2014). Recuperado el 12 de septiembre de 2016 de, <http://www12.statcan.gc.ca>.

Télémaque, Jenny. (2012). *Imigração haitiana na mídia brasileira: entre fatos e representações*. (Monografía para conclusão de curso). Río de Janeiro: ECO/UFRJ.

Tolley, Erin. (2011). Introduction. En Erin Tolley y Robert Young (Eds.), *Immigrant Settlement Policy in Canadian Municipalities* (3-47). Montreal: McGill-Queens's University Press.

Verbeeten, David. (2007). The Past and Future of Immigration to Canada. *Journal of International Migration and Integration*, 1 (8), 1-10.

Ville de Montréal. (2010). *Coup d'œil sur les immigrants nés en Haïti*. (Fascicule dans la série Portraits démographiques). Montréal: Ville de Montréal/ Division des affaires économiques et institutionnelles.

Villefranche, Marjorie. (2014). Partir pour rester. L'immigration haïtienne au Québec. En Guy Berthiaume; Claude Corbo y Sophie Montreuil (Dir.). *Histoires d'immigrations au Québec* (145-162). Québec: Presses de l'Université du Québec.